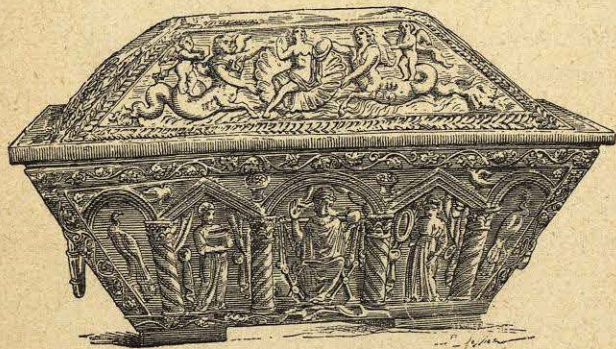


de su mataraz en el cuello, y cayó con violencia sobre aquel césped, tiñéndolo con su encendida roja sangre. Las siervas se arrojaron en montón sobre aquel cadáver, cubriéndolo de besos y lloros, en tanto que Lépida se desplomaba en vértigo terrible y presa de convulsiones epilépticas junto á la ingrata, pero infeliz y nefasta hija. Cuando Evodo volvió de aquella carnicería, aún cenaba Claudio. Muy bien comido, experimentó alguna otra necesidad que no debía parecerse al hambre, y preguntó si estaba en su alcoba Mesalina. Cuando le dijeron que no, respondió:

—Pues que venga la sierva Calpurnia.

Y se retiró á dormir. Cuentan que durmió á pierna suelta, sin preguntar de nuevo nunca jamás por Mesalina.



CAPÍTULO IX

AGRIPINA

Al amanecer el nuevo día Roma era otra en realidad. Aquella voluptuosa mujer, cuyos caprichos habían batido sus alas sobre todas las frentes, resultaba una pesadilla tal en los ánimos, que los romanos, ni sabían cómo expresar su gozo por lo acaecido, ni cómo revelar su esperanza en la mejora de lo porvenir. Gran perversidad la que aquejaba el ánimo de los libertos; espesísima noche la que había en sus conciencias; muy largas las manos en ellos, mientras muy corto el juicio; tiruelos sin escrúpulos, viciosos sin pudor, gárrulos y hasta cruellísimos, aún miraban en torno suyo y á sí mismos con alguna circunspección para todo cuanto disponían, muy al revés de la pobre loca, quien, movida por su voluptuosidad, expedía decretos al impulso de las sensaciones, dañosas tanto por su interna maldad cuanto por sus múltiples arbitrariedades y por sus inenarrables desórdenes. Narciso, Palas y demás, aquellos infelices privados, que pasaban de las ergástulas á los tronos y oprimían al esclavizado mundo romano con la soberbia de quien ha servido, enterábanse por cierto instinto, animal si queréis, pero infalible, por el amor á la propia conservación, de que necesitaban guardar, cual oro en paño, la persona excelsa de cuyo poder y autoridad provenía su fortuna; mas no así Mesalina, la cual, en los

espasmos y estremecimientos de sus nervios, desafinados á la continua, destrozaba al emperador con actos como la boda infame, cual pudiera ignorante niña romper en su movilidad inevitable un precioso juguete. Las humanas sociedades gustan de su propia seguridad en tales términos, que prefieren un mal cierto á un bien incierto. Lo que más las asusta y las obliga, en sus impulsos indeliberados é inconscientes, á escoger un puerto cualquiera, es la incertidumbre. Y todos ignoraban lo que podían temer y lo que podían esperar de Mesalina, encontrándose por tal razón en aptitud propia de recibirlo y aceptarlo todo, menos ella. Así, la muerte suya un poco alivió la neurosis universal. El pueblo rey, muy cuitado en la sazón aquella, pudo perfectamente recabar su libertad nativa de haberla con algún empeño deseado, pues en Tiberio, en el segundo de los emperadores, concluyó aquel cesarismo esplendentísimo brotado del genio de César y robustecido por el talento de Augusto. Calígula subió al trono ya por voluntariedades más ó menos bruscas de los pretorianos más ó menos ebrios. En cuanto á Claudio, salió de un rollo de alfombras amontonado en altísimo desván para elevarse al trono en los alojamientos militares entre lanzones y espadas. Así, algunas almas de acerado temple suspiraban por la República y pedían su restauración. Mas eran almas de historiadores vueltos á lo pasado y de poetas puestos por su genio en las vías conducentes á todos los ideales, y de filósofos pagados del humano derecho: en el pueblo formaban los hierros de sus cadenas como una especie de organismo, y solamente al peso de la tiranía cesárea y á la parálisis del ánimo esclavo se acomodaban las costumbres. Los republicanos llegaban en ocasiones á escalar la tribuna y decir desde sus alturas el verbo creador. Pero la muchedumbre, no el pueblo, la totalidad completa de sumandos que componen una sociedad, no se dejaba guiar por la excepción del genio, y recibía como un gran bien la obediencia servil, que le preservaba de ocuparse á una en el propio gobierno y le permitía consagrar vida y tiempo á todos los placeres. Cuando una sociedad podía pasar, bajo un César leguleyo y retórico, desde la dominación de mujer voluptuosísima y carnal á la de libertos faltos de toda humana dignidad y de todo amor al suelo y al derecho romanos, bien puede asegurarse que se hallaba completamente perdida y sin medio alguno de guardar,

no ya la definitiva robustez proveniente de una ordenada libertad, la precaria débil vida. Los efectos del despotismo ¿podían estar más patentes? ¿Podía haber menos gobierno que aquel fundado en César como Claudio, sin voluntad ni pensamiento? ¿Dónde tocar una demostración tan clara de los bruscos cambios por que pasa el despotismo, cual esta rápida transformación del gobierno de una mujer sola en el gobierno de una oligarquía de siervos operada por operación quirúrgica tan pronta y tan fácil como una cuchillada? Y sin embargo, todo podía esperarse de aquella Roma envilecida; todo, menos que surgiese de nuevo su antigua creadora libertad. Así, nadie preguntaba, tras la catástrofe, qué ley se promulgaría, qué política sustituiría la política mesalinesca, qué rumbo tomarían los hechos y su corriente; por lo contrario, todo el mundo bebía los vientos por averiguar lo que más importaba, por averiguar quién sería la mujer de Claudio, pues de tal accidente particular y privadísimo debía depender la suerte y el destino de Roma. Las candidaturas al sitio dejado vacío en el tálamo y en el trono menudeaban por todas partes. Las mujeres de alcurnia creíanse con derecho á imperar sobre un ánimo tan dúctil como el ánimo de Claudio, y por Claudio sobre una ciudad tan sublime como la ciudad de Roma. Faltando la libertad, á cuya lumbre y calor se forman los partidos, no por eso faltan divisiones y discordias, antes crecen promovidas por causas personales, y cuando más domésticas; y así fórmanse facciones palaciegas, presididas por favoritos, absolutos señores del cotarro, para defender ó apoyar tal ó cual solución política, no á impulsos de consideraciones ligadas con el bien público, á impulsos de particulares y egoístas intereses. Apenas vacante, pues, la sede y la cama imperiales, urdióse un lío de intrigas tan intrincado, que nadie acertaba dónde tal pelota daría, ni que género de mágicos desmadejamientos habrían de necesitarse para desurdir la empelotada madeja. Toda señora romana tendía su anzuelo á pez tan gordo, y se procuraba en el ánimo de los libertos, ya con dádivas, ya con promesas, ya con amenazas, el cebo indispensable para que mordiera y se clavara.

Bajo la fascinación de su candidatura femenil, hallábase, al día siguiente de muerta Mesalina, la más fuerte y poderosa entre todas las candidatas, la que más redes podía tender al pre-

tendido, la que más probabilidades contaba de pescar en aquellos revueltos charcos de las ambiciones femeniles: Agripina. Así, en el gineceo que ocupaba ella, sentíase, por cierto aire de fiesta y cierta no usual actividad, y la presencia de clientes, y la llegada de personajes, todos los efectos del cambio. Agripina se diferenciaba mucho de su recién inmolada rival; ésta puso la diadema de Claudio al servicio de sus placeres y de su amante Silio; Agripina se proponía poner la diadema de Claudio á servicio de sus ambiciones y de su hijo Nerón. Mientras la predecesora todo era escándalo, la pretendiente todo era disimulo. Perversas las dos, resultaba más honda la perversión de Agripina, y por tanto menos fácil de burlar. En aquellos días supremos había reforzado las rejas y rehecho los cerrojos, y añadido á los antiguos número mayor de orientales eunucos para que fiasen á una todos estos guardianes externos de su interna castidad. Estaba, pues, aquel día en su gabinete Agripina como una diosa en su capilla ó cela, cual llamaban á la capilla los romanos. El suelo de mosaicos relucía con el brillo natural á sus multicolores y pálidas piedras. Las columnas de alabastro, rematadas por chapiteles de aureo bronce, sustentaban ricas techumbres, en las cuales fijaba los ojos de vez en cuando la princesa, muy embargada con sus cavilaciones. Hermosas telas de Asia, todas urdidas con sedas de increíble finura é hilillos de reluciente oro, pendían entre columna y columna. La pretendiente vestía una túnica de ligero blanco lino sin mangas que dibujaba sus formas admirablemente y dejaba desnudos los brazos y el cuello; largo manto de roja púrpura la envolvía, cayendo en rozaga que se tendía largo espacio por el suelo. Una sola perla relucía en su garganta; pero el importe de la perla equivalía de seguro á un Imperio. Rollábanse á sus brazos muy cinceladas serpientes de preciosos metales, y calzaban sus pies sacras sandalias al gusto y modo helénicos. Veíanse algunas flores en vasos orientales; pero no los artefactos del excesivo lujo femenino, que tan perdidas y maltrechas traía las familias romanas en aquel tiempo. Nada de argénteos espejos; nada de botecillos con adobos; nada de vestiduras orientales cubiertas por deslumbrante pedrería; nada de rojas cabelleras adquiridas de jóvenes galas ó germánicas y colgadas en las paredes antes de cubrir las vacías mulleras; nada de los aromas indios procurados para per-

fumar las guirnaldas artificiales. Agripina sólo se ocupaba en su cachorro, en su Nerón; y así que los cuidados á su cachorro se lo permitían, consagrábase á la aves, pudiéndosela llamar muy paja-



Agripina, (busto que se conserva en el Museo del Capitolio, *ibid* núm. 14)

ra, como á cierto emperador alemán, si este adjetivo no tuviese tan opuestas acepciones como la del genio festivo y el vestir marrachesco del aficionado á pájaros. En efecto, así el palacio como los jardines de Agripina parecían una colosal pajarera donde se reunían todas las aves del cielo hasta entonces conocidas. La princesa ponía en jaulas aparte los ejemplares más raros y más valiosos de su colección riquísima; pero en cuanto al orden y agrupación, distribuía sus aves por sus voces y las colocaba en tales términos que formaban verdaderos coros en las espaciosas galerías y en las interminables alamedas ¿Quién sabe si de semejantes

aficiones maternas á la música, provendrían las propensiones mismas de Nerón, y su volandero, inconstante y tornadizo humor?

En este día, en el día siguiente á la muerte de Mesalina, visitaba la princesa, como á diario, sus pájaros; mas con cierta distracción, cual si estuviese apartada y divertida completamente del objeto capital de sus recreos. En vano su compañera y esclava Selia le ponía delante de los ojos aquellos bichos más queridos de Agripina y más obsequiados por su tierna solicitud; la extraordinaria mujer se absorbía en pensamientos más profundos y más capitales que los en otra sazón sugeridos por el revoloteo de los pájaros en sus jaulas de oro y por el cántico que podían emitir aquellos alados seres de sus gargantas de flauta. En vano ellos, acostumbrados á las harinas de biscotela, presentadas en la mano de su altiva protectora, y á las caricias, dichas y á los besos dados por sus purpúreos labios interrogábanla con empeño, pedían el acento de su voz con picadas notas, aleteaban como en las horas del cielo y la miraban con éxtasis como en los cuidados por el calor de la vida en sus nidos: Agripina en aquella hora no estaba dispuesta de ningún modo á gozos y recreos. Una idea, del todo absorbente, la sobrecogía, y conocíase su anegamiento en ideas altísimas y su enajenación completa de todo aquello que no fuera el embargo de su ánimo, adivinado ya de seguro por quien leyere, y reducido á granjearse la mano de su tío el emperador Claudio. La esclava, sin embargo, sabiendo lo inútil de todo llamamiento á la curiosidad é interés de Agripina, llamábala en observación y realización del deber que le atañía como esclava pajarera en la mansión imperial. Así, le dijo á su señora con suma reverencia y sin ánimo de turbarla en sus meditaciones:

— Hoy, Agripina, las avecillas se quejan todas á una de desdenadas.

— ¡Pobrecillas!

— Mira cómo ésta levanta el pico hacia tus labios, después de haberte requerido á mirarla con sus gorjeos

— Hoy no se fija mi pensamiento en otra cosa que en la suerte del pueblo rey, quizás destinado á grandes amarguras, de optar Claudio por una mujer que se asemeje á Mesalina.

— Si Claudio hubiera de casarse á gusto del pueblo, yo sé perfectamente con quién se casaría.

— ¿Con quién? Preguntó Agripina, sabedora de la respuesta, deseando que le regalaran el oído.

— Pues contigo.

— ¿Lo crees así?

— ¡Vaya!

— Tal vez no lo crea Claudio como tú.

— Debiera saber que ninguna dama en Roma cuenta con el favor popular como tú.

— Tienes razón: á ninguna de las mujeres imperiales ama el pueblo rey como me ama con todo su corazón á mí.

— Justamente, — observó Selia; — y te ama, no solamente por hija de Germánico, tan amado de todo el mundo, y por madre de Nerón, predilecto entre las muchedumbres; te ama por tu afición á los pájaros.

Agripina se mordió los labios al ver por dónde su sierva se descolgaba en la relación de los méritos y títulos de su ama imperial á los entusiasmos populares. Mas, enseñoreada de sí misma, comprendió que no podía la directora de sus pajareras halagarla con un cumplido más precioso de su ánimo, y se repuso de la contrariedad, siguiendo afable, aunque preocupada, el hilo de las frases adonde parara el diálogo.

— Y veo que, bien mirado, tienes razón.

— Condición de los romanos aparece desde lo antiguo gustar mucho del ave, de todas las aves.

— Tienes razón, Selia.

— Bien puedes acordarte, Agripina, de aquella vez que los romanos consagraron ostentosos funerales á un cuervo que mató cierto zapatero, condenado por tal delito implacablemente á la última pena.

— Pues un pueblo así, preferirá una mujer como yo.

— Tan cierto me parece lo afirmado por tí ahora, que tu tordo ha merecido visita en casi todos los romanos por la música de su voz y por lo claro de sus palabras.

— En verdad que habla como un orador, — dijo Agripina riéndose. — Mil veces lo reclamó para sí mismo Claudio; y mil veces yo, caprichosa, héselo negado. Ahora voy á regalárselo.

— ¡Oh! No. Basta con que traigas á tu pariente por aquí á fin de hacerle oír la claridad con que pronuncia el tordo estas tres palabras: *Agripina con Claudio*.

— ¿Ha pronunciado tales palabras?

— Halas pronunciado.

— ¿Tú las oíste?

— Sí.

— ¡Dioses, qué presagio!

— Por eso no tienes ave comparable con tu tordo.

— El ruiseñor blanco no le va en zaga.

— Como que te costó seis mil sestercios.

— ¡Cuán raro ejemplar!

— ¿Y la cotorra verde con su collar negro?

— Esa concluirá por ir al Senado, según sabe de memoria y recita de coro los principales nombres patricios.

— El pueblo se paga de todas esas cosas mucho, y te requiere para imperar sobre él á gritos.

— ¡Cuántos obstáculos!

— Tu firme voluntad logrará vencerlos.

— Hay algunos invencibles.

— Cuentan que Claudio esta mañana, muy sentido, en su abandono, de la viudez procurada por sus libertos, y no por sus deseos, ha jurado, visto cómo se le revuelven sus matrimonios en contrario, no casarse de nuevo.

— La voluntad imperial de Claudio es más muelle y flexible de lo que á primera vista pudiera creerse.

— ¿Qué, pues, te asusta?

— Me asustan las leyes.

— ¿Cómo las leyes?—preguntó Selia con retintín, en cuyas sardónicas resonancias se ocultaba toda una filosofía de la Historia entonces.

— Las leyes.

— ¿Y qué dicen las leyes?

— Pues prohíben el enlace matrimonial entre las sobrinas y los tios carnales.

— ¡Buena telita de araña las leyes, para que no las rompa el antojo imperial con sólo abrir sus alas!

— ¡Selia!—dijo Agripina con tono de solemne reconvención.

— Agripina, —respondió Selia con tono de profundísimo respeto.

— Fácilmente olvidas que te hallas en presencia de una mujer imperial á quien pudieran herir tus críticas del Imperio.

— Yo creí permitido á mi humildad algún atrevimiento usual en circunstancias más graves.

— Cuando mandaba Mesalina, en que todo iba manga por hombro; mas ahora, en este momento extraordinario, cualquier ligereza pudiera herir á Claudio, y la herida en Claudio abierta podría refluir sobre mi persona.

— No te olvides, Agripina, de que todavía impera en Roma Narciso, y de que, por ende, aún pueden volver sobre ti días tan infaustos como los días en que mandaba Mesalina.

— En verdad, tienes razón, Selia; tienes razón.

— Todavía no estás en los plenos tiempos de la victoria y del poder, sino en los precarios de la lucha.

— En la cual puedo perecer.

— Narciso te odia más que nunca pudo Mesalina odiarte.

— Sí, como que se ha levantado tutor, y tutor poderoso, de Británico.

— He ahí dónde se hallan tus enemigos.

— Como que Narciso lo es mío, y también lo es de Nerón Británico.

— Así no te parecerá mucho que yo recuerde cómo se transforman en telarañas las leyes al capricho, ya de los césares, ya de los libertos.

— Estás en lo justo al decir eso respecto de las leyes políticas, diariamente alteradas por la voluntad imperial; pero yerras diciéndolo respecto de las leyes civiles, muy obedecidas en el romano Imperio.

— Pero allá van, do gustan emperadores, leyes, ora sean civiles, ora sean políticas, ora sean religiosas.

— No tanto, no tanto. Augusto fundó el Imperio sobre los respetos más profundos á la familia, y se necesita grande arresto para desafiar las verdaderas tradiciones romanas y las recientes leyes augustales.

— Vitelio te ayudará, que tiene mucha fuerza en el Senado.